

1

Una mujer inteligente es capaz de transformarse en aquello que la situación requiera.

Señorita Pearl Kelly a la duquesa de Colton

Venecia, noviembre de 1816

La primera vez que la duquesa de Colton vio a su marido tras su apresurada boda, se lo encontró sentado a una mesa de cartas con una mujer pechugona en el regazo, sus piernas colgando por el lateral de la silla. Julia pudo verlos claramente desde el otro extremo de la sala de juego. La mujer... gozaba mientras el duque, con una mano por dentro de su corsé, movía los dedos bajo la tela acariciándole el pecho con abandono. Su otra mano, junto con su atención, seguía en las cartas.

Aquel alarde impresionó a Julia. Escandalosa, pero curiosamente seductora, esa puesta en escena sirvió para recordarle que la vida de su marido no podía distar más de su propia y resguardada existencia londinense. Aunque ¿qué más podía esperarse de un hombre apodado el Duque Depravado?, razonó. Se tragó la humillación y continuó observando el desarrollo de la escena.

Tomó conciencia de lo guapo que era. En la boda, Julia lo había visto fugazmente, pero ambos eran más jóvenes, por no decir que ella era una chica tímida y aterrorizada de dieciséis años. Ahora él parecía mayor y... más corpulento. El pelo moreno un poco largo le caía alrededor del cuello de la camisa y enmarcaba sus rasgos perfectos: nariz recta, pómulos marcados y labios gruesos. Era verdaderamente imponente.

A algunas mujeres les habrían corroído los celos al sorprender a su marido en actitud semejante. A Julia no. Ese hombre era un desconocido para ella y no sintió más que una combinación de rabia y fastidio.

Rabia de que Colton la hubiese ignorado durante ocho largos años, y fastidio por haberse visto obligada a urdir tan compleja artimaña y cruzar el continente para valerse de ella.

Julia observó cómo la pelandusca de su regazo empezaba a jadear. La mujer cerró los ojos y se estremeció de la cabeza a los pies; la cabeza hacia atrás en éxtasis. La expresión de Colton no dejó entrever nada sobre su acompañante ni sus naipes, al tiempo que los demás jugadores parecían estudiar sus propias manos de cartas con perplejidad. Al margen de Julia, en la sala nadie les prestaba la más mínima atención. Colton tenía a una mujer... encontrando un desahogo en su regazo y nadie se volvía siquiera para mirar. ¿Sería algo frecuente?

En cuanto la mujer recuperó el aliento, se inclinó para susurrarle a Colton al oído. Él sonrió, la ayudó educadamente a bajar de su regazo, y le dio una palmadita en el trasero antes de dejar que se marchara. Volvió a concentrarse en la partida.

El buen amigo de Julia, Simon Barrett, el conde de Winchester, apareció a su lado.

—¿Seguro que quieres hacerlo? No es demasiado tarde para echarse atrás, ya lo sabes.

Ella sacudió la cabeza.

—No. He llegado demasiado lejos para dejarlo ahora.

Simon era un hombre bastante apuesto por derecho propio, más aún esta noche, con su pelo rubio y sus ojos azules, que contrastaban agradablemente con su traje de noche negro. Se había empeñado en acompañarla a Venecia para hacerse pasar por su amante actual, y en que le dejara escoltarla y protegerla. En el fondo, ella le agradecía su ayuda.

Le sonrió.

—Y después de lo que acabamos de ver, yo diría que mi plan es perfecto.

—Temía que dijeras eso.

Se puso seria. Esta no era la batalla de Simon y le pareció justo ofrecerle la misma posibilidad de escapar.

—Simon, ya te he dicho muchas veces que puedo hacer esto sola. Tu amistad con Colton no tiene por qué verse afectada por tu implicación.

Él miró hacia el duque, al otro lado de la sala.

—Tengo mis razones para ayudarte. Me ocuparé del enfado de Colt cuando llegue el momento.

Ella se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Eres un buen amigo. —Bajó de nuevo los talones al suelo al tiempo que le recordaba con dulzura—: Ahora soy la inigualable señora Juliet Leighton, la cortesana más conocida de Londres. Déjame unos minutos con él, pero no más.

—Muy bien. Solo espero poder reconocerte.

Al enterarse de la predilección obstinada de su marido por las pelirrojas, Julia se había hecho con un tinte para convertir temporalmente sus bucles rubio claro en un rojo rabioso.

—Lo importante es atraer la atención de Colton.

—Yo no me preocuparía por eso. —Simon le ofreció el brazo—. ¿Vamos?

Ella asintió y aceptó que la acompañara. Las mesas de cartas estaban alineadas junto a la pared del fondo, de modo que Simon y ella tuvieron que pasear entre los grupos de invitados y los criados que llevaban copas de champán para poder llegar a su destino. Si bien Simon le había advertido de lo que cabía esperar de una fiesta privada de moral laxa, a Julia le estaba costando no fijarse en lo que ocurría a su alrededor. No había esposas presentes; antes bien, las mujeres eran amantes, actrices y prostitutas. Y los hombres, en su mayoría antiguos miembros del gobierno veneciano o acaudalados comerciantes, parecían deseosos de aprovecharse de la situación. Las parejas se besaban a la vista de todos y se acariciaban con descaro, el aire denso de humo, lujuria y sudor.

Su confianza en sí misma aumentó conforme avanzaban por la sala. Ninguna de las personas con las que hablaron sospechó que fuese una impostora, y la trataron de manera informal, como a una cortesana, no una duquesa.

A pesar de los nervios lo cierto era que la situación no daba margen para otras opciones. Este plan *tenía* que funcionar. Si el odioso primo de Colton, lord Templeton, cumplía su reciente amenaza de reducirle más aún su estipendio, en pocos meses no tendría dinero suficiente para pagar a los sirvientes ni el alquiler de su casita de Mayfair. La madre de

Colton había dejado claro que no era bienvenida en ninguna de las propiedades ducales, lo que significaba que su tía y ella quedarían en la indigencia.

Necesitaba un hijo varón, uno legítimo, que sirviese de heredero para la finca Colton. Solo entonces podría desbaratar las intenciones de Templeton para con el ducado.

Su plan era infalible. Seis meses antes, había vendido todas las joyas que le quedaban a fin de contratar en secreto a Pearl Kelly, la auténtica reina de las cortesanas de Londres, para que la asesorara. Pearl había resultado ser una verdadera fuente de información que le había dicho a Julia exactamente cómo vestirse, actuar, hablar y flirtear como una prostituta.

Pearl incluso había ayudado a la modista de las cortesanas a diseñar los vestidos de Julia. El guardarropa resultante fue soberbio y elegante, de suntuosos tejidos y atrevidos escotes, como el vestido verde esmeralda intenso que llevaba esta noche. La ropa interior se había encargado en París, y todavía le sacaba los colores. Lo de las joyas había sido problemático, ya que en los últimos años había vendido todas las alhajas buenas, por lo que Pearl le había prestado gentilmente varios conjuntos espléndidos, que incluían el costoso collar de diamantes y perlas que ahora llevaba al cuello.

Asimismo, había aprendido a usar cremas y maquillaje para realzar al máximo sus facciones. Hasta entonces se había aplicado polvos de perla blanca en la cara, crema rosa en los labios y las mejillas, y una fina capa de negro bujía en las pestañas y las cejas. Las mejoras combinadas con su pelo rojizo la volvieron completamente irreconocible para cualquiera familiarizado con la rubia y discreta duquesa de Colton.

Se acercaron al duque. Al cabo de un segundo Colton alzó la vista y su cara denotó sorpresa.

—¡Winchester! —Dejó las cartas en la mesa y se plantó ante ellos alargando su desgarbada silueta—. No me lo puedo creer. ¿Por qué no me has escrito para informarme de que venías?

Simon logró aparentar sorpresa y le dio unas palmadas al duque en la espalda.

—Me llegaron rumores de que seguías por aquí, amigo.

—No tengo motivos para irme. —Colton se volvió a Julia y se centró en ella con educado interés—. Veo que no estás solo. Te ruego que nos presentes.

—Naturalmente. Colton, te presento a la inimitable señora Juliet Leighton. Juliet, este holgazán es mi amigo de toda la vida, el duque de Colton.

Ella hizo una marcada reverencia y pestañeó coqueta mientras su marido se fijaba en el asombrosamente pronunciado escote de su vestido, por donde sus generosos pechos amenazaban con aparecer en cualquier momento.

—Señora Leighton, su reputación la precede —dijo el duque mientras ella se incorporaba—. No he oído más que elogios de su belleza e ingenio. Comentan que es usted la mujer que tiene a todo Londres en la palma de la mano.

A Julia le alivió constatar que habían llegado a oídos de su marido los rumores que ellos mismos habían esparcido.

—Tal vez no a todo Londres, su excelencia, pero unos pocos afortunados sí que, efectivamente, han sentido la palma de mi mano.

Él arqueó una ceja negra y le dedicó una sonrisa diabólica que, sin duda, derretiría las entrañas de una mujer más débil.

—Winchester, estoy empezando a envidiarte —musitó Colton, sin apartar de ella su mirada gris ahumada.

—No me extraña. Estoy totalmente a merced de la señora Leighton.

La sonrisa cómplice de Simon no dejó lugar a dudas sobre la naturaleza de esa relación.

—¡Qué halago! —dijo Julia con su voz más coqueta—. Simon, cariño, déjame un momento a solas con su excelencia. Sé un buen chico y ve a buscarme un poco de champán.

Simon le lanzó una mirada de enamorado que en cualquier otra circunstancia habría hecho reír a Julia.

—Por ti lo que sea, amor. —Se alejó para dejar a Julia a solas con el marido al que no había visto en ocho años.

Debería quedarse sin habla, pensó mientras observaba al hombre que ejercía, incluso desde tan lejos, un poder enorme sobre ella. Pero ante el ardiente destello de interés masculino en los ojos de Colton, el

modo en que la escudriñaba con detenimiento, supo que ahora ella llevaba las riendas.

—Su excelencia —empezó diciendo. Entonces se le acercó con descaro y le agarró del brazo—, tengo la sensación de que ya nos conocemos. —Julia lo condujo hacia las puertas que daban a la terraza.

—¿Ah, sí? —Él fue sorteando con destreza a otras parejas y puso su mano grande allí donde la espalda de Julia perdía su nombre mientras salían a la fresca oscuridad—. Si nos hubiéramos visto, señora Leighton, estoy convencido de que me acordaría.

—¡Oh! Llámeme Juliet. Todos mis buenos amigos lo hacen.

—En ese caso, llámeme usted Nick. Nunca me ha gustado mucho mi título. —Alto y ágil, se apoyó como si tal cosa en la barandilla de la terraza; como telón de fondo, un tramo sorprendentemente limpio del canal. En las distancias cortas era aún más guapo. Sus hombros eran anchos y su fuerza, latente bajo su ropa hecha a medida con exquisitez. De pronto se sintió muy... viva y se puso nerviosísima en su presencia poderosamente atrayente. No era de extrañar que su marido se hubiese convertido en semejante vividor y sinvergüenza.

—Si insiste, Nick. —Arrastró las palabras, reparando en cómo él observaba sus labios—. ¿Amigos, pues?

—Eso espero, sin duda. —Su rostro se suavizó con una sonrisa insinuante y a Julia le temblaron las piernas; la intensidad de ese insignificante gesto le excitó hasta los dedos de los pies—. ¿Le está gustando Venecia, Juliet?

—Es preciosa. Este es mi primer viaje y reconozco que no es en absoluto como me imaginaba. La comida es magnífica y la gente es apasionada y amable. ¿Y usted? ¿Lleva mucho aquí?

—Unos tres años. Antes estuve en Viena, Colonia, París...

—¿Y piensa regresar algún día a nuestra hermosa Inglaterra?

Sus facciones se tensaron muy levemente.

—No. No pretendo regresar. Allí no tengo nada ahora mismo.

En el pecho de Julia germinó la rabia, ardiente e intensa. ¿Cómo se atrevía? No tenía nada... ¿y su *mujer*? Aunque su mano le pedía propinarle un bofetón en la mejilla, forzó lo que esperaba que fuese un gesto cómplice y redujo su voz a un ronco ronroneo:

—¡Qué suerte he tenido de encontrarlo aquí, pues!

—Desde luego. Y justo cuando empezaba a pensar que Venecia se había vuelto aburrida. ¿Hace mucho que conoce a Winchester?

—No, no mucho. Aunque me ha hablado de usted. Tengo entendido que son amigos de toda la vida.

—Así es. Desde Eton, de hecho. Fuimos...

—Aquí tienes, amor.

Simon apareció con una copa de champán.

—Bueno, Winchester —empezó el duque—, cuéntame qué tal estos dos últimos años.

¡Dos años! Julia ahogó un grito y por poco se le atragantó el sorbo de champán. ¿Hacía dos años que Simon no veía a su marido? Si Colton no estuviese presente, le habría dado a Simon un buen puntapié en la pierna por no habérselo dicho.

—Extraordinariamente bien. ¿Y tú?

—Me lo paso bien aquí —respondió Colton a la ligera—. Los venecianos son muy simpáticos, a pesar de la animadversión hacia la presencia austríaca. Sin embargo, había pensado en viajar a San Petersburgo el año que viene.

—Han pasado ocho años. ¿No te parece que ha transcurrido suficiente tiempo...?

—No lo digas. —La voz de Colton se volvió incisiva y su rostro se ensombreció—. Después de nuestra última pelea pensaba que habías accedido a dejar de acosarme para que vuelva.

—Ahora en serio, Colt. Tu mujer merece...

—¡Ah...! ¿Te refieres al títere de mi padre? —Se irguió cuan largo era—. Déjalo ya. No hagas que me arrepienta de haberte mantenido al tanto de mi paradero todos estos años.

«¿Títere? Pero ¿qué diablos...?» Julia estaba ansiosa por estar a solas con Simon para obtener respuestas.

Simon alzó las manos en señal de rendición.

—No quiero pelearme contigo, especialmente en presencia de una mujer tan hermosa —dijo, rodeó a Julia con el brazo y le estrechó los hombros en ademán tranquilizador.

Su semblante una máscara de atenta cortesía, centrada en el duque.

—Su excelencia, pasado mañana por la noche queríamos ir a ver la representación de *Tancredi* a La Fenice. Tal vez le apetezca acompañarnos.

—De hecho, ya tenía pensado asistir —contestó Colton, su postura nuevamente relajada—. Sería un honor que ambos se unieran al grupo de mi palco.

Julia procuró fingir sorpresa, aunque ya conocía sus planes. El ayuda de cámara de Simon había persuadido a una de las doncellas del duque para darles información acerca de la agenda social cotidiana de Colton, en cuyo futuro habría más encuentros casuales con la señora Leighton.

—Eso sería maravilloso, su excelencia. Estoy deseando que llegue el momento.

Nicholas Francis Seaton, el séptimo duque de Colton, presenció súbitamente la marcha de Winchester y la señora Leighton desde su asiento a la mesa de cartas. Desde que volviera de la terraza no había sido capaz de apartar los ojos de la acompañante de su amigo, que cautivó a todos los hombres de la fiesta. Era buena. La mejor, de ser ciertos los rumores sobre su extraordinario ingenio, encanto, inteligencia y pasión. Pero Nick nunca había dado mucho crédito a los rumores. No después de que su propia vida diera un vuelco debido a las habladurías y las insinuaciones, y se hubiera visto obligado a abandonar su hogar y su país.

No, él estaba mucho más interesado en descubrir por sí mismo los talentos de aquella mujer.

Si tuviese que evocar la imagen de la mujer perfecta, sería la de la bellísima señora Leighton. De piel alabastro y ojos azul claro, su cabello teñido de rojo, sus facciones delicadas y su silueta exuberante, todo estaba compuesto y dispuesto para lucir al máximo. ¡Qué caray! Era una auténtica diosa. El escotado vestido apenas cubría sus generosos senos y Nick juraría haber visto de refilón una oscura areola.

Y esa sonrisa de comisuras misteriosamente curvadas hacia arriba... Su boca provocaba y seducía. Pedía a gritos que un hombre pasara la

lengua por su contorno con la esperanza de que supiese la mitad de deliciosos de lo que parecía. Había visto un centenar de veces una sonrisa atrayente de mujer, pero jamás una tan cautivadora como la de la señora Leighton. Casi le había dado la impresión de que se había divertido coqueteando con él.

No era de extrañar que Winchester pareciese tan perdidamente enamorado. De jovencitos, muchas mujeres habían saltado de su cama a la de Winchester y viceversa. No era más que un juego. Pero la ternura con que su amigo había mirado esta noche a la señora Leighton resultaba sorprendente, de modo que tendría que calibrar los sentimientos de Winchester por esa mujer antes de dar cualquier paso. Aunque ella hubiese flirteado descaradamente con él, no ofendería a uno de los pocos hombres a los que todavía tenía por amigo.

Tres cuartos de hora después mostró su juego. Había sido una velada rentable y estaba cansado. Trasnocaba demasiado últimamente. Recogió sus ganancias y se marchó.

Ya en la calle, Fitzpatrick, el ayuda de cámara de Nick, y escolta por designación propia, salió de la oscuridad.

—Buenas noches, su excelencia.

—¡Dios, Fitz! Deja de llamarme así.

—Que no quiera oírlo no significa que no sea verdad —dijo Fitz con su áspero acento irlandés; y empezó a dirigirse hacia la góndola.

Nick musitó una obscenidad y Fitz se rió entre dientes. Nick sabía que su ayuda de cámara usaría siempre el debido tratamiento de respeto por mucho que le dijera al irlandés que no lo hiciera.

Siete años antes, Nick había sacado a ese gigante de una espantosa pelea en un callejón de Dublín. Dos rufianes lo sujetaban mientras un tercer hombre le hacía incisiones en la cara con un puñal. Nick los había identificado a todos como ladrones locales, así que intervino pese a estar en minoría. En aquella época, él tenía sed de pelea y, junto con Fitz, hizo trizas a los tres criminales. Lamentablemente, el hombre había sufrido cortes severos en la refriega, cicatrices que a día de hoy aún conservaba.

Fitz consideraba que Nick le había salvado la vida. Desde entonces se arrimó al duque, y este comprendió enseguida que era más fácil

contratarlo que intentar deshacerse de él. El irlandés empezó a trabajar como ayuda de cámara, pero los problemas le seguían a dondequiera que fuese; de modo que Fitz asumió la responsabilidad de velar también por su seguridad y le devolvió el favor salvándole la vida una y otra vez.

Volvieron una esquina y desembocaron en una calle poco alumbrada relativamente solitaria. Se aproximaron un par de hombres y Fitz deslizó una mano en el abrigo, presto a sacar la pistola de la pretina. Sin embargo, los hombres siguieron enfrascados en su conversación y pasaron de largo sin incidencias. Fitz se relajó y continuaron andando hacia el agua.

—Te preocupas demasiado —le dijo Nick—. Hace ocho meses que no tenemos un altercado.

—Tres ataques aislados en dos años, por no mencionar el contra-tiempo de Viena. Tal vez debería preocuparse un poco *más*, su excelencia.

Era una conversación recurrente, y Nick sabía que no podría disuadir a Fitz de la idea de que el peligro lo acechaba. Se subió a su góndola.

—¿Cuántas veces tienes que salvar mi miserable vida para que te des cuenta de que no lo merezco? —«Mocoso indigno y desagradecido», oyó decir a su padre con desdén. Nick rechazó el recuerdo, como tantas veces antes—. Podrías estar viviendo tranquilamente en tu país natal, Fitz. Es una tontería que te exilies por mí.

Fitz tomó asiento en la parte de atrás, cerca del gondolero.

—Usted me salvó la vida. Hasta que la deuda esté saldada o deje de necesitar me, me quedaré.

Discutir era inútil, por lo que se reclinó para contemplar las demás embarcaciones que pasaban flotando.

—¿Ese que ha salido unos minutos antes que usted era su amigo lord Winchester?

—Sí —respondió Nick.

—Llevaba un ejemplar adorable del brazo.

Nick esbozó una sonrisa. La señora Leighton era mucho más que una prostituta cualquiera.

—Averigua dónde se hospedan, ¿quieres? Me gustaría mandarle una nota a Winchester mañana.

«Y quizá también un pequeño obsequio a la señora Leighton.»

—¡*D*os años! ¿Lo viste hace *dos años* y no me lo has dicho? —Ya en su góndola, Julia se sacó los guantes y los dejó sobre el asiento de la *felze*. Las cortinas estaban echadas y la única lámpara interior arrojaba un cálido resplandor amarillo sobre la cabina. Estaba demasiado enfadada para sentarse, pero poca más opción tenía en el reducido espacio—. ¿Cómo has podido ocultármelo, Simon?

La embarcación se alejó del muelle y él se dejó caer a su lado.

—Para qué te lo iba a contar. Vine a Venecia e intenté convencerlo de que volviera conmigo. Le hablé de ti. La verdad es que le canté tus alabanzas, pero no logré convencerlo. Me dio miedo que enterarte pudiese herir tus sentimientos. —Mientras Julia pensaba en ello, él continuó—: La única razón por la que lo he mencionado esta noche era para que fueses plenamente consciente de a qué te enfrentas con Colton.

—¿A qué se refería cuando ha dicho que era el títere de su padre? ¿Títere de qué, exactamente?

Simon suspiró.

—Según él, eres la mujer con la que su padre lo casó sin tener en cuenta sus deseos al respecto. Como te decía, era el hijo olvidado hasta que su hermano falleció. Y al convertirse en el heredero, su padre quiso por todos los medios hacer entrar en vereda a su único hijo vivo, para que se volviera responsable. En opinión de Colt, tú eres simplemente otro intento de su padre por meter en cintura a su hijo díscolo. —Simon estiró sus largas piernas—. Pero ya sabes lo bien que resultó aquello, porque se fue a París nada más hacer sus votos, ¿no?

Sí, y aquello le había dolido. Y si bien alcanzaba a imaginarse lo manipulado que se sentiría Colton, Julia necesitaba concentrarse en su plan; un plan del que Simon no estaba enteramente al tanto.

—A ver... Se ha interesado por la señora Leighton. Después de engatusarlo, podré dedicarle tiempo no en calidad de esposa, sino como mujer. Así podré satisfacer mi curiosidad por mi marido —mintió.

—Que Dios salve a los hombres de las mujeres inteligentes —musitó Simon con un bostezo—. No sé si este vínculo con Pearl Kelly ha sido beneficioso, Julia. Antes no eras tan... descarada.

—¡Qué remedio! Estoy harta de esperar y preguntarme si Nick volverá. Estoy harta de la compasión y el desdén, de todos los rumores. La esposa ingenua del Duque Depravado; si se tratase de otra persona, sería ridículo. Ya hemos hablado de esto, Simon. Como mínimo, debería ser capaz de conocer al hombre con el que estoy casada. De ver si encajamos.

—¡Vaya! Ese es Nick, ¿verdad?

La góndola se detuvo y Simon se levantó para tender su mano. Subieron al muelle y continuaron hacia las escaleras de su *palazzo* alquilado.

—Ha insistido —dijo ella—. Ya te he dicho que estaba interesado.

—¡Claro que está interesado! Sería una idiotez no estarlo, y Colton no es idiota. Como te decía, apruebo totalmente este plan. Colton lleva demasiado tiempo ignorando sus responsabilidades.

Se habían procurado unos cuantos sirvientes locales a su llegada, y nadie sospechaba que los inquilinos no fuesen quienes decían ser. De cara a los sirvientes, el trío incluía a un acaudalado lord inglés que viajaba con su querida, y a la dama de compañía de esta. Julia, su tía, Theodora, y Simon se esmeraron por mantener las apariencias, a menos que tuvieran la certeza absoluta de estar a solas.

Una vez dentro, Simon le quitó la capa a Julia y se la dio al criado. Tía Theo apareció en la puerta del salón.

—¿A alguien le apetece un jerez?

A juzgar por el alborotado desorden de bucles de la cabeza de Theo, Julia supuso que su tía iba ya por la segunda o tercera copa.

—Sí, creo que a mí sí. ¿Cariño? —soltó, lanzándole a Simon una seductora sonrisa dedicada al sirviente que merodeaba por ahí cerca.

—Adelante, mi amor —dijo él con desenvoltura, haciendo un ademán hacia la puerta.

—¿Qué tal vuestra velada? —preguntó Theo al tiempo que acomodaba su figura redondeada y exuberante en el diván.

A la tía de Julia le gustaban el jerez y los pasteles, y raro era el día en que no se diera el capricho de tomar al menos una de las dos cosas.

—Productiva —respondió Julia, cerrando la puerta al entrar—. Simon, tráeme una copa de lo que sea que vayas a tomar. El jerez me produce arcadas —dijo y se dejó caer en un sillón enfrente de su tía.

Simon le puso una copa en la mano y Julia tomó un sorbo. Vio que era un burdeos y tomó otro trago agradecida.

—¡Oh, tía Theo! —Julia suspiró—. No te imaginas cómo era esa fiesta. *Escandalosa* sería una forma irrisoria de describirla. ¡Qué liberales son estas mujeres! Desde luego, nada que ver con el club Almack.

—Esa libertad no dura mucho cuando tu físico se marchita o tu benefactor se harta de ti. ¡Y la salud peligra! —Theo agitó un dedo hacia Julia—. No las envidies. Es una vida dura, llena de incertidumbre y desdén.

—Pero sí que ejercen una cantidad determinada de poder. Pearl ha tenido aventuras con dos duques, un conde, un vizconde y un príncipe bávaro. Le han adjudicado dos rentas vitalicias y solo tiene treinta y uno.

—Julia, no seas ingenua —dijo Simon—. Es imposible que todas las mujeres sean como Pearl Kelly.

—¿La conoces? —le preguntó Julia.

—Sí, la conocí en Vauxhall Gardens. Una noche salimos en grupo a cenar y ella acompañaba a lord Oxley. Es inteligente e ingeniosa —confesó—. No solo es capaz de llevar una conversación, sino que escucha. Y Pearl hace que un hombre tenga la sensación de que cuanto dice es importante; lo que, en el caso de Oxley, habría sido un auténtico milagro. Aunque es carísima.

—Si la mitad de lo que me ha dicho es cierto, vale todos los billetes y joyas que recibe.

—Casi me compadezco de tu pobre marido —dijo Simon alargando las palabras.

Julia frunció las cejas. Colton no merecía compasión alguna. Era un depravado. Y la había dejado a merced de su estafador y lascivo pariente.

Iba a rebatírsele, pero Simon levantó una mano.

—He dicho «casi». Nadie sabe tan bien como yo lo infeliz que has sido estos últimos años. Colt merece un castigo por lo que ha hecho, y más. Sin embargo, da la impresión de que vas camino de conseguir tu objetivo.

—¡Oh, alabados sean los santos! —Theo se dio una palmada en el muslo—. ¿Cuánto tiempo crees que nos quedaremos en Venecia?

—No mucho. Apuesto a que poquísimos —contestó Julia con una sonrisa pícaro.

—Bueno, me voy. —Simon se levantó y apuró su copa—. Sé de un par de fiestas más a las que me gustaría asistir esta noche; sin la mirada atenta de la señora Leighon, naturalmente.

Julia alzó la mano.

—No digas nada más. Te deseamos suerte, ¿verdad, tía Theo?

Theo, que era una loca maravillosa, asintió, sus bucles castaños moviéndose hacia delante y hacia atrás.

—Así es. Por el vino, las mujeres y las canciones, milord.

Simon les dedicó una pomposa reverencia y se marchó.

—¿Crees que esta estrategia funcionará? —preguntó Theo en cuanto se quedaron a solas.

—Tiene que funcionar. La última visita de Templeton sigue provocándome pesadillas.

Tras informarle, de nuevo, de la reducción adicional de su asignación mensual, aquel esperpento de hombre había sugerido qué servicios podría ofrecer Julia para compensar la diferencia. Y por servicios no se refería a remendarle la ropa.

La idea de tener relaciones íntimas con Templeton (de pequeños ojos negros, frente sudorosa y actitud degradante) casi la enfermaba físicamente. «¡Odio a Colton por haberme puesto en esta tesitura!»

—¡Cómo me gustaría que mi padre siguiese con vida!

—A estas alturas seguro que tu padre habría agarrado a tu duque de las pelotas y lo habría traído a casa.

Julia se echó a reír.

—Es posible. Sea como sea, Templeton no sería un problema. Sé que mi padre creía que una boda con un duque era un acierto sin precedentes para su única hija, pero quiero pensar que habría recapacitado de haber sabido los problemas que ello me depararía.

—El problema es que tu duque haga caso omiso de sus responsabilidades hogareñas. Que te deje ocho años a tu suerte, ¡sin tener noticias tuyas! —Theo resopló con desdén—. Y que se lave las manos en lo rela-

tivo a la finca. ¿Acaso se piensa que todos los administradores de fincas son honestos? Sabes perfectamente que Templeton está sobornando al brazo derecho de Colton para que obedezca sus instrucciones.

—A Colton le da igual. Él mismo me ha dicho que no tiene la menor intención de volver a Inglaterra. Por eso teníamos que hacer *algo*. Como bien sabes, destinamos nuestras últimas joyas a pagar a Pearl y financiar el vestuario de la señora Leighton. Apenas nos alcanza para sobrevivir hasta la primavera.

—Sigo pensando que podríamos haber pedido ayuda a Winchester. O tal vez a tu lord Wyndham.

Julia se puso furiosa.

—Sabes que no podemos pedir que otro hombre nos mantenga indefinidamente. Y de *mi* lord, nada. Te dije que únicamente había flirteado con Wyndham con la esperanza de forzar a Colton a volver a Londres, pero o mi marido no oyó los rumores o no le importó que le pusiera los cuernos, porque no funcionó.

—Pues si a Colton no le importa que le pongas los cuernos...

—Aun así sería incapaz de hacerlo. Colton sabría que el hijo no es suyo, y no puedo arriesgarme a que se lo cuente a nadie. Si se supiera, mi hijo sería un marginado. No, Colton tiene que ser el padre de mi hijo. Y cuando descubra que estoy encinta, volveremos a Londres y le escribiré para explicarle lo que he hecho.

Ambas permanecieron en silencio, pensando en la reacción del duque a semejante carta, mientras el reloj de sobremesa hacía un tictac fuerte y regular que se oía en toda la habitación.

—Me pregunto si Colton reconocerá al bebé —dijo su tía, que sorbió su jerez.

Julia frunció las cejas.

—¿Por qué no iba a hacerlo? Todo el mundo quiere un heredero.

—Ya... ¿qué pasará si das a luz a una niña?

—Pues que la querré con locura; desde la cárcel para deudores.